VICIOS

DE QUE ADOLECE NUESTRO GOBIERNO Y CARACTER

DE QUE CONVIENE ESTE REVESTIDA LA PERSONA QUE, ACASO, SE PONGA A SU FRENTE.

Ne' disastri d' un regno
Ciascuno há parte; é nel fedel vassallo
L' indifferenza é rea. = Metast.

Por J. P. y C.

Ciudadano español.

Cádiz: Año de 1811.

Imprenta de D. Manuel Bosque.

La proposicion discutida y aprobada por las Córtes en 19. del pasado relativa á que en el caso que se trate de poner al frente del gobierno alguna persona que tenga derechos conocidos al trono no se discuta ni apruebe en secreto, sino en público, dá margen à no poder dudar ya de que se trata seriamente de la abolicion de la actual regencia, substituyendola otro gobierno, el que se crea mas aproposito para llevar al cabo la alta empresa de sacudir el yugo que nos oprime.

La creacion de un nuevo gobierno es, sin duda alguna, uno de los puntos mas arduos que se

ofrecen á la deliberacion del Congreso; porque es cierto que un solo hombre puede salvar la patria, y que de su eleccion depende el que se consiga ó no ese fin.

Pero ¿adonde está, dicen muchos melancolicos; adonde está ese hombre grande, capaz de cambiar en este momento el estado lastimoso á que nos vemos reducidos, y presentarnos á nuestra patria bajo un aspecto algo mas alagüeño que el que la estamos mirando? ¿Adonde está el genio restaurador á quien no haga desmayar el triste espectaculo de una parte de la monarquia abatida y desolada por los desastres de una fatal guerra: que no cuenta ya casi ninguna de sus fortalezas ni plazas fuertes que no esté en poder del usurpador: que vé agotados todos sus tesoros: destruidos y aniquilados sus mejores exércitos: sin armas, sin dinero, sin so-

corros, y sin auxîlio alguno con que pueda contar para mejorar su suerte. . . . . . ?

Así piensan y creen algunos espiritus debiles y apocados; genios, á la verdad, muy poco emprehendedores, que hacen consistir el valor en la abundancia de medios, y á quienes abate solo la sombra despreciable (á veces abultada) de falta de recursos, sin hacerse el cargo que el verdadero patriótismo levanta su frente orgullosa sobre la misma necesidad, y restablece su poder entre las ruinas y escombros de la pasada abundancia. . . . . !

De esta miserable desconfianza se origina que muchos creen ya no poder esperar la salud de la patria sino de los esfuerzos de un poderoso aliado, ó de una convulsion politica, que ocasionando nuevas guerras, y nuevas revoluciones, trastorne los planes del tirano, y le

obligue á separar de nuestro suelo sus foragidos exércitos para atender á la seguridad interior de su imperio, y á la conservacion de su trono.

Yo no diré que el auxîlio y los socorros de un fiel aliado no sean muy necesarios para que podamos continuar nuestra gloriosa lucha, ni que un trastorno universal en todos los puntos de la europa que están en el dia sometidos al despota no pueda producir los mas felices resultados para nuestra causa. Pero, suponer, como de fé, que sin estos recursos no podamos mantenernos en una eterna guerra con nuestro opresor, por mas que sus falanges ocupen ya una parte y ya otra de nuestro territorio, es no conocer á fondo el genio de nuestra nacion; es no tener una idea de lo que puede el amor de la patria quando es guiado por los sentimientos de ho-

nor que caracterizan à los verdaderos españoles; es en suma, no saber distinguir lo que estos valen, y lo que pueden quando un justo rencor arma su brazo contra la negra perfidia y la vil traicion. . . . . . ! Si alguno fingiese desconocerlo, no tengo mas que recordarle los gloriosos esfuerzos del pueblo español en la época primera de nuestra gloriosa revolución, quando guiado de un instinto puramente patriòtico supo arrostrar con denuedo los mayores peligros, arrojarse intrepidamente entre las bayonetas del enemigo, arrollarlo, vencerlo, derrotarlo, ponerlo en vergonzosa fuga . . . ! Diganlo Baillen, Galicia, Cataluña, Valencia y la inmortal Zaragoza. . . . ! Diganlo los mismos franceses, si pasado aquel tiempo de entusiasmo y de fervor, han encontrado ya la resistencia heroica que les opusieron

los que primero osaron levantar su brazo guerrero para sacudir la opresion y vengar á su patria. . . . . . ! Digalo el mismo Buonaparte á quien los primeros reveses que sufrieron sus tropas en la peninsula obligaron á ponerse á su frente para alentarlas con su presencia, y reanimarlas con la grata memoria de los laureles que poco antes habian cogido en los campos de Austerlitz y de Jena. . . . . !

Que bellos resultados nos prometian los primeros triunfos de los esforzados patriótas, si los distintos gobiernos que con tanta rapidez se han ido sucediendo hubiesen tratado de segundarlos. . . . . !

Las Juntas Provinciales fueron las primeras que regentearon la soberania despues de la prision de nuestro idolatrado Fernando. El pueblo las erigió, no ya para que bajo su mando se renovasen las escan-

dalosas escenas del *Gòdoysmo* sino para que al largo sufrimiento de males que habia padecido bajo la ferula del lascivo valido, succedieran dias mas serenos, marcados con el timbre de la justicia, y de la equidad, sin que la intriga, el favor, ni el odioso interes pudiesen prevalecer sobre ellas. Tales fueron, efectivamente, los votos y los deseos del generoso y honrado pueblo español en aquella época de amargura y de afliccion, y tales los sentimientos que manifestaron entonces todos los que à la sazon merecieron ser elegidos miembros de aquellos cuerpos soberanos. Ahora, que su conducta ulterior correspondiese ó no, luego, con sus primeros propositos, es un punto que solo puede deducirse de resultados, y cuyo juicio no le es prudente aventurar al que no pudo ser testigo de vista de las respectivas operaciones de

cada una de las juntas. Sin embargo, creo poder adelantar que, aun los mismos individuos que las componian, por lo menos aquellos à quienes su amor propio no ciegue no tendrán á menos confesar que efectivamente cayeron en algunas debilidades, y descuidos, que aunque en cierto modo perdonables en sugetos no iniciados en el arte de gobernar, no dejaron de acarrear funestas consecuencias á nuestra causa. Con todo, pudo muy bien haberlo suplido la noble generosidad y desprendimiento con que, reconociendo ellos mismos su insuficiencia, y los perjuicios que resultaban del estado de federalismo á que las provincias se hallaban constituidas, resolvieron unanimes, y casi á una misma voz despojarse de la autoridad soberana de que el pueblo las habia revestido, y reunirla en un solo cuerpo bajo el nombre de *Junta Central*

compuesto de dos diputados de cada una de dichas juntas nombrados por las mismas.

Instalóse ese nuevo cuerpo soberano; y aquel dia fue el primero en que, despues de un cumulo de infortunios, vieron los verdaderos patriótas traslucir la aurora de su felicidad. Todos creimos que bajo aquel gobierno esperimentariamos los efectos de un poder colosal contra quien debió haberse estrellado la ambicion del despota: todos esperabamos que de su seno habia de nacer una combinacion de planes perfectamente meditados, y de medidas energicas y eficaces, que afianzarian nuestra independencia y la seguridad de nuestros hogares. ¡Dulces y placenteras ilusiones; esperanzas verdaderamente alagueñas que el tiempo, corriendo el velo del desengaño, nos hizo ver desvanecidas. . !

Tengo por ocioso llamar la a-

tencion sobre la conducta que observò la Junta Central durante su efimero gobierno, y sobre la cruel persecucion que padeciò en los últimos periodos de su exîstencia . . . . . ! Estos son hechos sobradamente conocidos, y que me apartarian demasiado de mi objeto. Entretanto, conviene no pasar en silencio que la Junta Central no fué mas feliz que las que le dieron el primer ser en el exito de sus disposiciones. Succedióla la primera regencia compuesta de cinco individuos bastante acreditados, cada uno en su respectiva profesion; pero, el aspécto desagradable de nuestras cosas no tomó por esto mejor semblante que el que habia tenido anteriormente. El pueblo no se mostró mas satisfecho de su conducta que de la de sus antecesores; y los regentes, demasiado expertos para no conocerlo, y para

de llegrer hacer un papel ridiculo y debergonoso, solicitaron varias veces de las Córtes su propia remocion. A sus instancias se nombró una nueva regencia compuesta de tres individuos que son los que exîsten aun en el dia, y que se trata igualmente de remover. Estos, á la verdad, no han sido tan clara y abiertamente censurados en sus operaciones como los anteriores, ya sea que la obscuridad de su vida domestica no ha dejado atisbar tanto su conducta; ya sea que el poco fausto y ostentacion que gastan les haya puesto al abrigo de la envidia, origen á veces, de la maledicencia; ya sea que las disposiciones de las Còrtes atrayendose, como de mas importancia, la atencion de los criticos, la haya desviado de aquellos; lo cierto es que los regentes son poco nombrados. Con todo debe suponerse que tampoco han merecido enteramente

la aceptacion pública, quan
que están en el caso de conoc p
tratan de removerlos: de otro modo esto fuera obrar muy arbitraria é impoliticamente.

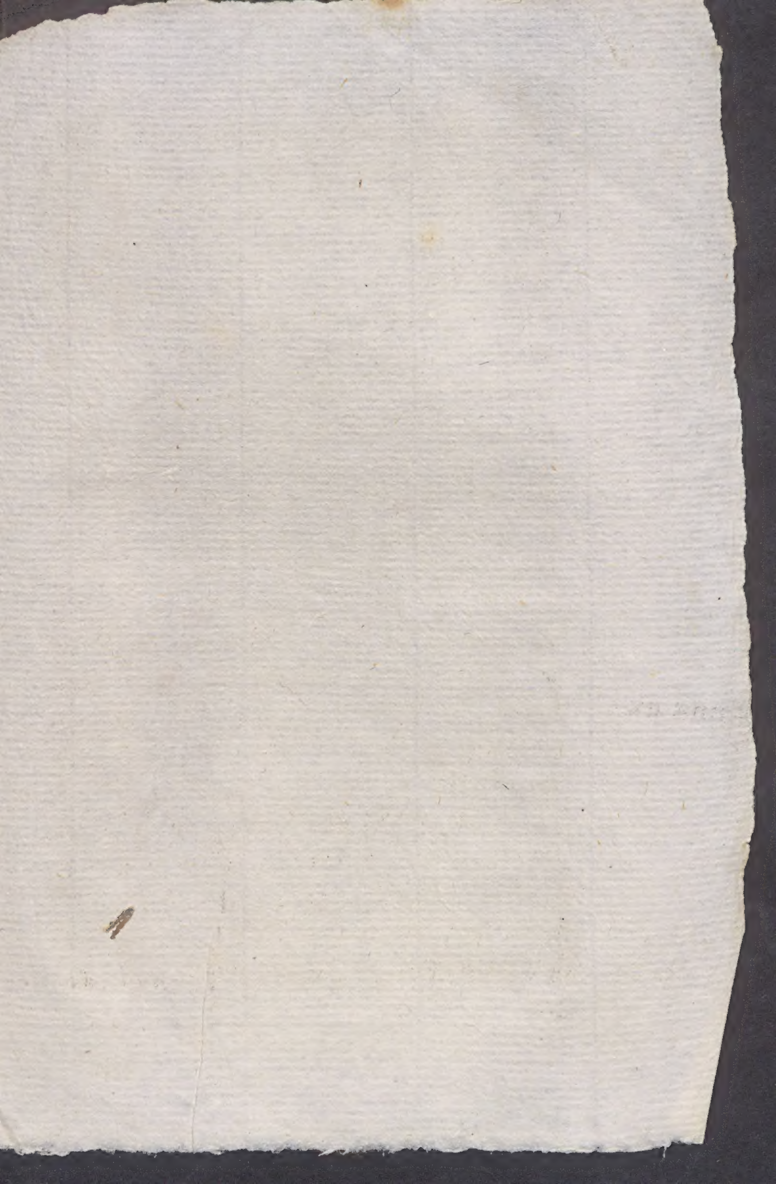
De esta repetida y frecuente variacion de gobierno nace que muchos están firmemente persuadidos que no exîsten ya entre nosotros hombres aptos para el mando, y que por consiguiente es forzoso recurrir quando menos á un principe derribado de su solio, expulso de sus dominios del continente, y confinado en el ùltimo rincon de su reino para que venga á reinar sobre el nuestro. En efecto, hemos vísto estos dias á dos escritores levantar el proyecto de poner á nuestra cabeza al malhadado, aunque benemerito rei de Cerdeña, arrebatado de sus estados del Piamonte, y reducido á establecer su trono en una isla, único resto de sus antiguas posesiones. Otros de ante-

nos habian designado á cier-
personas como las mas apropo-
sito para ese objeto. Quien daba á
la princesa Carlota el incontrasta-
ble derecho de la regencia de Es-
paña durante la cautividad de su
hermano: quien creia que un prin-
cipe inglés era el que mas nos con-
venia para ese cargo: y quien por
fin cifraba la seguridad de nuestra
independencia en la persona de Luis
XVIII. de Borbon actualmente re-
sidente en la corte de Londres. Yo
no trato de poner en ridiculo la o-
pinion de los que asi piensan, ni de
quitar su respectivo merito á las
personas de quienes hacen el enco-
mio. Soi el primero en reconocer
que no es facil descubrir, ó atinar
con aquel talento superior y ra-
ro que reuna de una vez todas
las calidades que convienen al que
gobierna un estado; pero ¿ acaso
se nos podrá firmemente asegurar

que se encuentran reunidas e
principes extrangeros que propo
aquellos escritores, ó en una princesa cuyo sexô amable pero por naturaleza tierno, y compasivo, (por mas que la acompañen luces, talento, instruccion y deseos del bien público) no puede de ningun modo inspirarle aquella severidad y rigor, que en ciertos casos deben imprescindiblemente hacer frente á toda consideracion, para desterrar los abusos, castigar los delitos, y no dexar en ninguna manera impune la inobservancia de las leyes, único apoyo de la soberania, y de la felicidad de los pueblos? Desengañemonos: el mal no nos viene de ese lado: muchos lo han dicho ya antes que yo: yo no hago mas que repetirlo: si desde el principio de nuestra gloriosa revolucion hasta el momento presente no hemos podido dár todavia con un gobierno capaz

de llenar nuestros justos deseos, no debemos atribuirlo enteramente á la falta de hombres aptos para el mando, sino á una fatal rutina en todos los ramos que se resiente aun de los vicios y de la prostitucion del reinado de Carlos IV: falta de actividad y de vigor: mucha apatia y floxedad en las pocas providencias que se toman: poco teson en asegurar su observancia: demasiada indulgencia con los que no las cumplen: impunidad de delitos: una criminosa contemplacion con los verdaderos delincuentes quando son escudados por el favor: una escandalosa prodigalidad de honores, empleos y grados: poca justicia en su repartimiento: una extraordinaria desidia en facilitarse medios para hacer la guerra: un notable descuido en el alistamiento de mozos para el exército: un abandono total de la milicia: un desorden en todos los ramos de administracion, asi militar co-

mo politica: ningun cuidado en fomentar el espiritu público; tales son en globo los principales vicios de que han adolecido hasta ahora nuestros gobiernos, y tal, y no ninguna otra, la verdadera causa del desprecio con que son mirados, y de nuestro poco adelantamiento; siendo un axioma de eterna verdad, que mientras no se ponga á la cabeza del gobierno á un hombre, sea él que fuere, cuyas virtudes politicas, cuya inflexîble severidad y energia, y cuyo acendrado amor á su patria le dén bastante impulso y vigor para rasgar de una vez hasta la menor marca del antiguo sistema, y para substituirle otro mas arreglado á nuestras circunstancias actuales, toda mutacion de gobierno es osiosa, todas las leyes se hacen inutiles é infructuosos todos los sacrificios que prestemos para librarnos de la esclavitud de que estamos amenazados.




colorchecker CLASSIC
calibrite
mm